

ACTAS DEL VI CONGRESO INTERNACIONAL DE LA ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL

(Alcalá de Henares, 12-16 de septiembre de 1995)

Edición a cargo de
José Manuel Lucía Megías

TOMO I



Servicio de Publicaciones

Universidad de Alcalá

1997

Quedan reservados todos los derechos, ni parte ni la totalidad de este libro puede ser reproducido por cualquier medio, ya sea mecánico o electrónico, sin el permiso de los editores.

Comité Organizador:

Carlos ALVAR
María del Carmen FERNÁNDEZ LÓPEZ
Sonia GARZA
José Manuel LUCÍA MEGÍAS
Joaquín RUBIO TOVAR
Pedro SÁNCHEZ-PRIETO BORJA
María Jesús TORRENS

En la edición de *Las Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* han colaborado Pedro Sánchez-Prieto Borja, Joaquín Rubio Tovar, M.^a Carmen Fernández López, M.^a Jesús Torrens y Paciencia Talaya.

© Anónimas y colectivas
© Universidad Alcalá
Servicio de Publicaciones

I.S.B.N. (Obra completa): 84-8138-207-8
I.S.B.N. (Tomo I): 84-8138-208-6

Depósito Legal: M-29893-1997

Imprime: Nuevo Siglo, S.L.

PERO TAFUR, UN AUTOR-PERSONAJE CUESTIONADO DESDE SU PROPIO DISCURSO

Sofía M. Carrizo Rueda
Universidad Católica Argentina
Conicet

Todos los que nos hemos acercado a *Andanças y Viajes* de Pero Tafur nos hemos acostumbrado a hablar de él como si se tratara de alguien de quien conocemos una serie de circunstancias vitales y de rasgos personales. Si releemos nuestros propios textos, podemos comprobar que reflejan la impresión de que recibimos información directa por parte de alguien muy familiar, de lo que era entonces el mundo conocido. Esto se debe sin duda, a una serie de recursos textuales que logran transmitir un fuerte sabor a cosa vista y vivida. Uno de ellos es la constante presencia de un yo narrador que, desde la aventura inicial en Gibraltar hasta la frustrada visita a Túnez sobre las líneas finales, no cesa de opinar y de manifestar sensaciones, de mostrarse como eje central de la mayor parte de los episodios y de dar cuenta de estados de ánimo o de salud. Todo ello salpicado con expresiones vehementes y oportunos rasgos de humor que vigorizan la eficacia comunicativa entre los receptores y el narrador.

Es necesario reconocer asimismo, que dos hechos contribuyen a reforzar la identificación del autor empírico con el personaje narrador: el primero es que se trata de un relato de viajes y por ello el discurso en primera persona semeja asumir el carácter de documento testimonial; el segundo es que en un reconocido estudio sobre Tafur, Vives Gatell se ha encargado de tratar de demostrar el alto grado de veracidad histórica del libro¹. Desde tales perspectivas nada parecería empecer la ilusión de un texto a través del cual se deja oír la voz del autor empírico.

¹ Cf. J. Vives Gatell, «Estudio y descripción de Roma» en F. López Estrada, presentación bibliográfica, *Andanças e Viajes de un hidalgo español: Pero Tafur (1436-1439)*, Barcelona, El Albir, 1982, pp. 1-93.

Sin embargo, es necesario recordar que los relatos de viajes son discursos bifrontes en los que el propósito documental está inescindiblemente unido con aspectos literarios. Estos siempre son el resultado de lo que Ricoeur llama un proceso de *configuración*. Es decir, de construcción de totalidades significantes que, a partir de la puesta en relación de una serie de acontecimientos dispersos, generan un modelo de realidad en un intento de interpretarla². Estamos por lo tanto ante una práctica de ficcionalización que no puede dejar de afectar también a la voz del narrador. Y es así como una vez más, nos vemos obligados a dejar a un lado al autor real y considerar que nuestro objeto es el autor implícito representado en el texto. Si Barthes afirmaba «quien escribe no es quien existe», podemos parafrasearlo diciendo «quien relata no es quien viaja».

Este es un rasgo constitutivo del género que nos ocupa. Pero además, en el caso concreto de Tafur, ocurre que ese alto nivel de historicidad, tan tenazmente defendido por Gatell, está empezando a mostrar ciertas brechas. Un conocedor del texto como F. Meregalli ha señalado recientemente que aunque creamos estar ante un narrador que lo dice «todo», pueden descubrirse también algunos silencios que resultan significativos y que nos alejan de la imagen del trotamundos sin otra preocupación que su curiosidad³. Por mi parte, he comprobado que la existencia de dos estatuas romanas que Vives Gatell defiende, es muy discutible y que más bien parece un invento del viajero para cimentar su apoyo a los nobles en los conflictos de poder con la corona, hilo conductor que hábilmente serpentea por varios segmentos del texto⁴.

Si dejamos pues de lado el mito de una narración completamente absorbida por la parusía de la personalidad del autor empírico, mito desmentido tanto desde la teoría del género literario como desde la investigación histórica, estaremos en mejores condiciones para indagar de qué manera se manifiestan en el discurso varias voces narradoras, cuyas diferencias son más notables de lo que se ha señalado hasta ahora. Voy a detenerme en los problemas de las que yo he registrado.

La cuestión inicial es la existencia de un prototexto. Sorprende que Vives Gatell haya afirmado que el autor no llevó un diario contemporáneo al viaje porque en principio, no pensaba poner por escrito sus experiencias⁵. El sentido común nos dice que dicho diario tiene que haber existido porque de lo contrario es imposible recordar varios años después tal cantidad y variedad de informaciones -a veces, en sus más ínfimos detalles- y convenientemente ordenadas a lo largo de un itinerario. Pero además, he podido comprobar que en algunos momentos el mismo texto revela la presencia de aquellos apuntes primigenios. Véase por ejemplo, esta descripción de Modon: «Este es lugar de dos mill vecinos, la mar lo cerca de dos partes, bien murado e asaz fuerte, aunque llano; muchas huertas de todas frutas e tierra muy abastada a modo de Andalucía; buenas

² He desarrollado ampliamente una serie de problemas formales relativos al género en «Hacia una poética de los relatos de viajes. A propósito de Pero Tafur», *Incipit*, XIV (1994), pp. 103-144.

³ Cf. F. Meregalli, «Las memorias de Pero Tafur», *Arcadia. Estudios dedicados a Francisco López Estrada. Dicenda. Cuad. de Filología Hispánica* (1987) [pero (1990)] 6, pp. 297-305.

⁴ Me ocupo de este tema en el artículo citado, pp. 130-133.

⁵ Cf. art. cit., pp. 17-18.

posadas, la lengua griega; el regimiento de Venecia»⁶. A mi juicio, tenemos en la narración un primer nivel correspondiente a este prototexto, al cual llamaré convencionalmente N1 (narrador 1).

Pasemos al segundo. Desde el comienzo del libro hasta la descripción de Roma, la información presenta un discreto grado de elaboración y reúne las siguientes características:

- a) Descripción de ciudades muy apegada a los ítems y al orden del modelo del *laudibus urbiun*. Esto es evidente sobre todo en la de Génova, al punto de que es utilizada por Pérez Priego como paradigma de dicho modelo⁷.
- b) Ausencia de retratos.
- c) Se consignan los peligros del viaje muy escuetamente⁸.

Para esta modalidad que representa un cierto grado de elaboración respecto a la anterior, utilizaré la denominación N2.

Pero al entrar en la descripción de Roma ya aparecen una serie de novedades⁹. Si bien persiste la fidelidad al modelo del *laudibus* -lo cual es fácil detectar si se van sorteando los diversos recursos de *amplificatio*-, resulta claro según he podido comprobar, que otra serie de prescripciones retóricas también han sido aplicadas. En primer lugar, la descripción se enmarca en el tópico de *invectiva in romanos*. Pero lo más notable es la organización en *exordio*, *narratio*, *argumentatio* y *peroratio*¹⁰. Es la única vez que la descripción de una ciudad se subordina a esta macroestructura. Sin embargo, inmediatamente hay que advertir que todo el fragmento parece obra de una mano bastante insegura, pues la sintaxis, la sequedad de la lista de indulgencias -posiblemente copiada de una guía- y la repetición en tres sitios diferentes de la leyenda del Papa Gregorio, como si se dudara de cuál es el más adecuado, llevan a pensar en un aprendiz de los colores retóricos. Con todo, las diferencias respecto a las otras modalidades son constatables por lo que es necesario distinguir un N3.

La navegación hacia Tierra Santa no ofrece diferencias con las descripciones de las primeras etapas del viaje por lo cual a mi juicio, puede asignarse también a N2. Pero la visita a los Santos Lugares considero que está muy próxima a N1. Es el fragmento más árido del libro y lo atribuyo a que los intertextos fueron dicho diario de viaje o prototexto y una guía de las que llevaban los peregrinos, sin que mediara mayor elaboración. Los datos se van acumulando de forma monótona en una desjerarquizada mezcla que habla de precios y de sitios de devoción. La emoción religiosa está prácticamente ausente, cosa que no ocurre en otros momentos del libro aunque los objetos narrados no revistan la trascendencia de los Santos Lugares. Incluso falta la emoción simplemente humana ante algunas desgracias, otro aspecto que sí aparecerá más adelante¹¹

⁶ Cf. *ed. cit.*, p. 45.

⁷ M. Á. Pérez Priego, «Estudio literario de los libros de viajes medievales», *Epos*, I (1984), p. 227.

⁸ Véase por ejemplo, la descripción de una tormenta, *ed. cit.*, pp. 10-11.

⁹ Cf. *ed. cit.*, pp. 21-36.

¹⁰ Estudio la descripción de Roma en el artículo citado, pp. 129-133.

¹¹ Cf. la visita a Tierra Santa en *ed. cit.*, pp. 51-65.

Pero a poco de reemprender el viaje nos espera una sorpresa. Desde el momento en que el viajero llega a Chipre, el relato incorpora una serie de nuevos elementos que incrementan notablemente su animación y su eficacia comunicativa. El primer suceso narrado es una repentina enfermedad y a pesar de que hasta ese momento el viajero nunca ha dejado de hablar de sí mismo, en este caso presenta mucho más concretamente sus vivencias personales: cómo se iba extendiendo por todo su cuerpo un terrible dolor, la intensidad agónica de los accesos más fuertes y cuán larga fue la duración de aquel tormento¹². -Esta descripción nos recuerda las consideraciones de Marichal acerca de la novedad que resultaba en el siglo xv, la exhibición de la intimidad personal por parte de un noble, ya que desde Aristóteles era signo de plebeyismo¹³-. A continuación, su visita a la hermana del Rey de Chipre está introducida por una serie de funciones que corresponden perfectamente a lo que Barthes llama catálisis. En este caso retardan la referencia a la función núcleo deteniéndose en algunos pormenores y creando a la vez un pequeño paréntesis de suspenso, todo lo cual acicatea el interés del receptor¹⁴. Casi inmediatamente aparece el primer retrato del libro que es el de la anfitriona y pocas líneas más adelante encontramos también por vez primera, una historia intercalada. Cuenta las aventuras heroicas de un castellano en la corte chipriota y se estructura claramente en introducción, nudo y desenlace¹⁵. Asimismo, las andanzas del viajero empiezan a volverse más interesantes: el Rey de Chipre le encomienda una embajada ante el Sultán de Egipto, lo cual le permitirá asistir a una imponente ceremonia y alternar con el exótico personaje¹⁶. Durante todo el viaje a Egipto, la viveza del relato no decae y se sostiene sobre referencias a actitudes humanas y a fenómenos de la naturaleza que resultaban absolutamente insólitos para los europeos. Importa subrayar por una parte, la elaboración de las descripciones - véanse por ejemplo las de animales como cocodrilos, jirafas y elefantes- y las de costumbres -como la del boato que rodea al sultán- y por otra, la dosificada intercalación de micro-relatos como el de la secta de los locos o los recuerdos sobre la huida a Egipto de la Sagrada Familia. Sin embargo, llama la atención que en medio del despliegue descriptivo las ciudades pierden por completo el protagonismo que habían tenido antes del viaje a Tierra Santa y las referencias son sumamente generales. Esta acumulación de características diferenciadoras del segmento que abarca desde la llegada a Chipre hasta el encuentro con Nicolás de Conti autoriza sobradamente la designación de una nueva voz narradora, N4.

Y hemos llegado así al punto más conflictivo del texto que es dicho encuentro con

¹² Cf. *ed. cit.*, p. 67.

¹³ J. Marichal, «El proceso articulador del siglo XV: de Cartagena a Pulgar». *La voluntad de estilo: teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Revista de Occidente (Selecta XXXIX), 1971, *cf.* pp. 30-32.

¹⁴ Cf. la estructura. Serie de catálisis desde: « Otro día de mañana, oyendo missa en una yglesia de Sant Jorje» hasta «e ella me rescibió muy humanamente»; función núcleo: «quériendo saber de mí quién yo era», p. 67. Una estructura similar aparece en la visita a Brujas, cuando una mujer lo busca para ofrecerle dos mozas vírgenes, pp. 254-255.

¹⁵ Cf. la historia en *ed. cit.*, pp. 69-71. Otra historia con la misma estructura es la de Pedro de Randa, *ed. cit.* 112-116.

¹⁶ Cf. *ed. cit.*, pp. 79-84.

el aventurero italiano. Su historicidad ha sido severamente cuestionada y Vives Gatell por su parte ha puesto un fervoroso empeño en defenderla¹⁷, al punto de que la cuestión parece haber quedado zanjada. Sin embargo desde el punto de vista del discurso, este fragmento presenta una serie de características que lo diferencian netamente del resto del relato. En primer lugar, llama la atención que es la única oportunidad en la que otro personaje que no es el narrador, se expresa largamente en primera persona. Cuenta así la historia de su vida y lo hace a través de un discurso bastante fluido, cuya sintaxis muestra rasgos menos arcaicos que los que dominan en el libro y que además, revela un buen manejo de la *elocutio*, por ejemplo, en el uso de las preguntas retóricas¹⁸. Considero que demuestra un mayor ejercicio en el arte de las escuelas que la descripción de Roma y por supuesto, que cualquier otro fragmento del libro, por lo cual no dudo que aquí estamos ante un bien diferenciado N5.

Con la llegada a Constantinopla reaparecen las descripciones de ciudades. Pero ahora, si bien el esquema del *laudibus* persiste, se presenta bastante desdibujado porque el interés está puesto en describir cuidadosamente aquella característica que distingue a la ciudad¹⁹. Esta mayor libertad hace que a veces la descripción se reduzca sólo a esa característica²⁰ o simplemente, a una impresión personal del viajero²¹. Los retratos y los microrrelatos que habían hecho su aparición con las descripciones de Oriente, continúan presentes. Pero ya no encontraremos historias con su introducción, desarrollo y desenlace. En cuanto al protagonismo del viajero, persiste en un primer plano. Descubre sus altos orígenes como descendiente de un emperador de Constantinopla y alterna con cuanto personaje encumbrado se cruza en su camino casi como si fueran iguales en estado²². El afán por subrayar este rol descolante desemboca en una situación insólita por lo imprudente pues dice que en una entrevista con el Gran Turco, lo notificó sobre los movimientos del emperador de Constantinopla²³. No encontraremos otros fragmentos trabajados desde las prescripciones retóricas, pero el relato no pierde su vivacidad²⁴ y su agudeza mientras lo sazonan rasgos de humor y referencias picarescas. La presencia de algunas características antes señaladas y la ausencia de otras, lleva a determinar un N6.

Considero que hasta el final del relato ya no aparecen variaciones que requieran identificar otra voz, razón por la cual propongo como base para el análisis las seis que he diferenciado; con la aclaración de que estimo tanto la cantidad de voces como los rasgos especificados en cada una de ellas, materias debatibles y rectificables.

Pero no es posible continuar sin tomar en cuenta un aspecto sumamente importante. El texto de *Andanças...* se caracteriza por lo escurridizo y hay que estar siempre preparado

¹⁷ Cf. art. cit., pp. 57-74.

¹⁸ Cf. ed. cit., pp. 96-98. Desde «Sabe, que, en el tiempo quel Tamurbeque señoreava...» hasta «...¿ qué aprovechan, pues bestias las traen?»

¹⁹ Cf. por ej. Brujas, de la que subraya la riqueza comercial, pp. 251-255.

²⁰ Cf. el ejemplo de Lovaina, de la que sólo menciona los estudios de teología, p. 260.

²¹ Cf. el ej. de Malinas, de la cual sólo pondera su belleza, p. 245.

²² Cf. por ej., el trato que dice que le dispensó el emperador alemán, pp. 274-275.

²³ Cf. ed. cit., p.153.

²⁴ Cf. la descripción de una persecución por parte de una galea de turcos, pp. 123-124, y compárese con la tormenta de la nota 9.

para aceptar algún aspecto que imprime un carácter condicional a cualquier hipótesis. Ocurre que si bien las diferencias indicadas son perceptibles tampoco puede negársele al texto ciertas marcas de unidad general. Yo misma he defendido su unidad estructural²⁵ y además, la actitud ante el material descrito parece manifestarse con esa carga intencional, dispuesta en función de la comprensión del destinatario que para Lázaro Carreter, constituye la marca autoral. ¿Cómo se pueden ir coordinando todos estos aspectos?

Respecto a esta unidad general del texto, tanto de estructura como de actitud intencional orientada a la recepción, contamos con un buen ejemplo de que puede ser lograda por un trabajo conjunto sobre un relato de viajes. Precisamente se trata de un texto casi contemporáneo de *Andanças...* que es la *Embajada a Tamorlán*. En este caso, los estudios de López Estrada lo han demostrado suficientemente, cancelando la teoría de Clavijo como autor único.

Mis conclusiones respecto a Tafur son las siguientes. En primer lugar, no contamos con ningún dato confiable que nos demuestre que no mediaron otras redacciones entre el diario contemporáneo al viaje -cuya existencia a mi juicio, no se puede negar- y el texto quince años posterior. ¿Cuántas modificaciones pueden haberse producido en ese lapso por cuestiones de estilo, por razones históricas o por conveniencias personales?

Desde esta perspectiva, yo propongo las siguientes hipótesis. Sobre su diario de viaje -N1- el propio Tafur comenzó una primera redacción que es la que representa la voz N2. Pero la tarea era demasiado ardua. Sobre todo si conjeturamos que había varios propósitos en juego. Uno era sin lugar a dudas, el que se enuncia en el prólogo: defender el papel de los nobles en la sociedad aunque aleccionándolos acerca de cómo llegar a ser buenos gobernantes. Otros, filtrados entre líneas, eran el resguardo de sus propios intereses y probablemente algunas ambiciones²⁶. Si estos propósitos estaban presentes desde el principio de la redacción o maduraron con el tiempo, no lo podemos saber. Pero mi hipótesis es que lo determinaron a buscar ayuda, a través de consejos o de correcciones, para realizar o rehacer la descripción de Roma. Un poco por la importancia del sujeto y otro poco porque la convierte con la historia de las dos estatuas, en una defensa disimulada de sus ideas. Aquí aparecería entonces N3, que también puede haber efectuado ciertos retoques en otras partes del texto.

Las diferencias señaladas para N4 y N6 me hacen pensar en otra intervención más orgánica y sobre todo más cualificada. Yo supongo una participación similar a la que obtuvo Marco Polo de Rusticello de Pisa, el cual supo dar el colorido que él volcaba en historias caballerescas a las aventuras que le narraba el veneciano.

Nos resta el caso de N5 y el encuentro con Nicolás de Conti. Las diferencias en este caso me llevan a reflexionar acerca de todo lo que ignoramos sobre la tradición textual del manuscrito. ¿Las variaciones de esta voz pertenecen a la época en que Tafur aún tenía control sobre el texto o son posteriores?

²⁵ S. Carrizo Rueda, «Presuposición e intertexto y la cuestionada estructura de un relato de viajes», *Studia Hispanica Medievalia II*, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, 1990, pp. 112-117.

²⁶ Tomás Moro, comenta en la *Utopía* que el hecho de haber viajado era un valioso antecedente para obtener cargos públicos.

Por razones de espacio debo terminar y no quiero hacerlo sin completar todas las propuestas e hipótesis presentadas recordando que una nueva edición del texto de Tafur está aún pendiente y que la diferenciación de las voces narradoras es un paso que a mi juicio, nos ayudará a salvar muchos escollos.

Pero también quiero referirme a una cuestión de otro orden. ¿Qué nos queda después de un trabajo de este tipo, de aquel caballero que así nos describió Gatell: «un noble hidalgo castellano /.../ joven, valiente por no decir arriesgado /.../ caritativo y afable con los humildes, que busca la compañía de los grandes y poderosos pero que no sabe adularlos sino más bien hablarles con toda libertad aún para desaprobar su conducta /.../ conecedor del mundo, incipiente humanista, viajero intrépido y curioso»?²⁷. Evidentemente no mucho porque la teoría literaria ya nos ha enseñado que «el autor es un ser de papel». Sin embargo, recordando ese espíritu amable y estimulante que tanto nos atrae desde el relato de Tafur, me quedo con las palabras de Shakespeare «está hecho con la materia de los sueños».²⁸

²⁷ Cf. *ed. cit.*, p. 11.

²⁸ Un extenso trabajo sobre Tafur como paradigma de autor viajero ilustra mis teorías al respecto en S. Carrizo Rueda, *Poética del Relato de Viajes*, Kassel, Reichenberger, en prensa.